

La vieja política de intrigas sigue correspondiendo la moral universitaria

Las recientes elecciones para la renovación de los Consejos Directivos en las facultades universitarias, han puesto de relieve que el saneamiento moral del profesorado está lejos todavía de ser un hecho.

Muchos viejos elementos han vuelto a mostrar las fajas que tenían escondidas, simulando ser partidarios de la reforma hasta que llegase la oportunidad de negarla; y algunos elementos nuevos, que supieron medrar a expensas de la buena fe estudiantil y de su apoyo doméstico al anterior gobierno, han resultado hoy los más ávidos adversarios de la reforma que ayer aprobaron.

Superfluo nos parece repetir los actos y las actitudes inmorales consignadas por la prensa, que nos han mostrado al desnudo, a todo el viejo elemento universitario autoritario, y a sus nobles cómplices arrastrados, desde el Rector y algunos Decanos hasta los más humildes gansones de la burocracia universitaria; y todo ello ha tenido su culminación en la Facultad de Derecho, donde el candidato estudiantil, Alfredo L. Falacios, fue vencido por sólo cuatro votos, después de haberse en juego todos los recursos de presión, coacción, seducción y corrupción.

No mencionamos estos hechos para lamentar una derrota que en verdad ha sido un heroico triunfo moral. Queremos, sí, llamar la atención de la conciencia de confiar demasiado en las palabras amistosas de personas que han sido y serán por fuerza, sus enemigos naturales. Consideramos imprudente aceptar en un momento dado la ayuda y la complicidad de profesores que nos la ofrecen para combatir a otros, sin perjuicio de ser, en el fondo, iguales o peores que ellos.

Desgraciadamente, ha sufrido la juventud universitaria en cinco años de rudo batallar por una reforma que hasta hoy no ha sido destruida. El noble movimiento liberal y social iniciado por los estudiantes de Córdoba en 1918, ha tenido que resistir la formidable táctica de flaqueo con que lo atacaron los elementos reaccionarios mezclados a sus filas, que le ofrecieron el apoyo incondicional del gobierno para corromperlo y apartarlo de su orientación inicial.

ILUSIONES

La junta provisional de la "Juventud Democrata Progresista", de la que forman parte varios amigos y colaboradores de "Renovación", ha publicado un Manifiesto en que expone sus declaraciones de principios y puntos de partida.

Se trata de un documento serio y bien informado, cuyas aspiraciones de orden político y social lo destacan entre los similares; y a fe que sus tres ideas directrices — Nacionalismo, Liberalismo, Socialismo — no pueden menos de merecer nuestra simpatía, por cuanto coinciden en sus líneas generales con los propósitos que inspiran nuestra práctica. Se trata de un nacionalismo libre del patriotismo ornamentalista, de un liberalismo explícito en materia económica y religiosa, de un socialismo desligado de toda restricción sectaria de camarilla.

Debemos agregar, también, que el concepto histórico y filosófico de este documento, nos parece sensatísimo; en cuanto acepta como postulado inicial la existencia de un divorcio profundo entre la mentalidad de la nueva generación, no corrompida por las pasiones de la gran guerra, y todos los grupos, hombres y facciones que alcanzaron a ser contaminados por ella. Partiendo de tan claros principios y formulando tan bello programa, resulta incomprensible que los dirigentes hayan resuelto cobijarse en las filas de un viejo partido, gastado ya en muchos años de acción estéril, como es el Demócrata Progresista, cuyo único capital definido es la valentía y respetable personalidad que lo dirige.

Ante el caos espiritual que después de la guerra, ha disgregado a los mejores elementos de la nueva generación, creemos que la más justa de las ilusiones juveniles, consiste en esperar regeneración moral de los pueblos a la sombra de los partidos ya infectados por odios antiguos y discordias recientes. Es una ilusión creer que

esos viejos partidos — lo mismo el Conservador que el Radical, el Demócrata que el Socialista — pueden atraer a sus filas a la nueva generación; cada uno de ellos tiene ya sus monías y fetiches, hallándose paralizados desde hace años por inconmovibles intereses creados.

La juventud de la nueva generación necesita "hacer rancho aparte", si no quiere cargar con el peso muerto de ideas y pasiones que ella no ha creado y no puede sinceramente compartir. Es indudable que la única impetuosa renouación política a toda acción política de eficacia inmediata, no se improvisa un partido, ni se conquista la opinión pública sin un largo y reiterado esfuerzo. Pero esa es, precisamente, la labor de una juventud que desea encarnar la ideología de una nueva generación, pues quien no se decide a sembrar hoy en terreno propio, no tiene el derecho de esperar una cosecha fecunda para el porvenir.

Los principios y el programa enunciados por la Junta de la Juventud democrata progresista, nos parecen tan excelentes, que podrían ser compartidos por jóvenes de buena fe que militan en los partidos radical y socialista, y por muchachos que se abstienen de militar en ninguno de los viejos partidos. ¿Por qué, pues, limitar su horizonte y su eficacia, poniéndole una bandera partidista que no enciende ni podrá encender los corazones de la nueva generación?

Creemos en la sinceridad de los autores del manifiesto y por eso les dirigimos esta inclinación amistosa: de sus manos echar las bases de un núcleo de acción moral, política y social que pueda mañana dirigir los destinos de nuestro pueblo en armonía con los nuevos ideales de la humanidad? Esa pregunta se contesta con un sí o con un no, pensado con cabeza propia, lejos de toda evasión o congregación política.

Lo demás, palabras, ilusiones.

La nueva generación no debe confiar en hombres de la vieja, ni debe dejarse engañar por algunos elementos jóvenes que hablan mucho de espíritu nuevo para ocultar mejor el espíritu viejo, en que han sido educados y del que son instrumentos ciegos.

La reciente experiencia debe enseñarnos a no errar en la elección de los hombres, teniendo presente que detrás de cada improvisado reformista, surge oculto algún conservador sin escrúpulos y sin vergüenza.

Raúl H. Cisneros.

Las mentiras de Mr. Hughes

por Arturo Orzábal Quintana

La Hipocresía del Imperialismo.

La fuerza armada no es el único medio, ni el mejor, de que disponen las grandes potencias para realizar sus designios de dominación a expensas de los pueblos débiles. El imperialismo ha de ser hábil para no fracasar en sus propósitos. Cuando la agresión de los poderosos es manifiesta y violenta, hay pequeñas naciones que se tornan invencibles. Recuérdense los casos históricos de Irlanda, Polonia y Bélgica. Nada robustece tanto los sentimientos nacionalistas de un pueblo, en efecto, como la conciencia clara del propio derecho ultrajado. La consecuencia de ello es evidente: las verdaderas conquistas del imperialismo sólo se logran mediante el desarme moral de sus víctimas, las cuales han de ser espantadas hasta el punto de ver un amigo en el victorioso.

La mentira deliberada, como método fundamental de predominio imperialista, es el arte que Mr. Hughes practica desde la Casa Blanca para suprimir las resistencias morales de la América Latina.

En la tarea de ocultar a nuestros pueblos la verdad, colaboran no sólo las agencias noticiosas yanquis, sino también, para vergüenza nuestra, nuestros propios gobernantes, nuestra diplomacia, órganos influyentes de nuestra prensa. Jamás, en la historia del mundo, hubo mayores probabilidades de éxito para los planes ambiciosos de una gran potencia, que las que actualmente posee el imperialismo yanqui. Con el poder irresistible de sus dólares, los capitalistas del norte han conquistado ya las conciencias de quienes pueden más decisivamente influir en la opinión pública de la América Latina. La complicidad de los gobiernos latino-americanos se paga con empréstitos, con prebendas y con pensiones. Con prebendas y pensiones, ministros de diversa índole. Las redes están tendidas, y las bases morales de nuestra conquista reposan sobre cimientos sólidos. Que la situación, para los que amamos ante todo la independencia de nuestros pueblos, ha alcanzado un carácter alarmante, lo prueban los elocuentes comentarios, oficiales y periodísticos, que provocaron las recientes declaraciones de Mr. Hughes en casi todo el continente.

A nosotros nos toca ahora, en cumplimiento del deber que nos hemos impuesto, mostrar cómo Mr. Hughes ha llevado esta vez la hipocresía diplomática a extremos increíbles, faltando a la verdad con impudor que asombra y desconcierta.

La Declaración de Derechos de 1916

El secretario de Estado yanqui, jurista y buen psicólogo, conoce los puntos vulnerables de nuestra mentalidad. Sabe que las fórmulas abstractas del derecho ejercen sobre el espíritu latino un extraño poder de sugestión, que a veces llega hasta anular la visión de la realidad. Por eso no ha vacilado en afirmar que la conducta de Estados Unidos hacia las naciones de América se ajusta en un todo a las normas proclamadas, en 1916, por el Instituto Americano de Derecho Internacional.

Creemos, sin embargo, y con sobrados motivos, que el alto pontífice de la mentira panamericana ha ido demasiado lejos en sus cálculos basados sobre la realidad que nos rodea. Su maniobra, hábil en apariencia, resulta en realidad grotesca para quienes conocen la verdadera situación. Recordemos las partes fundamentales de la mencionada declaración de derechos.

1. — "Toda nación tiene el derecho de existir, proteger y conservar su existencia, pero este derecho no justifica el hecho de que un Estado cometa, para protegerse o conservar su existencia, actos injustos contra inocentes que no hacen daño alguno".
2. — "Toda nación tiene el derecho de independencia, en el sentido de que es libre de desarrollarse sin injerencia ni controlador de otros Estados".
3. — "Toda nación es, en derecho y ante el derecho, la igual de todo otro miembro de la sociedad de las naciones".
4. — "Toda nación tiene el derecho de poseer un territorio dentro de límites determinados, y de ejercer una jurisdicción exclusiva sobre dicho territorio".
5. — "Toda nación, titular de un derecho en virtud de la ley de las naciones, tiene el derecho de que todas las otras naciones le respeten y protejan".

En el sentido siguiente: "La grandeza relativa no crea diferencias de derecho: la debilidad relativa, permanente u ocasional, no confiere derechos suplementarios al vecino más poderoso, y toda ventaja obtenida sobre esta base no es más que una usurpación".

Los términos del precedente documento son inequívocos y elocuentes. Mejor hubiera hecho Mr. Hughes en no referirse a ellos. ¿No nos responderán acaso los pueblos del Caribe y Centro América, si apelamos a su testimonio, que la política de la Casa Blanca hacia ellos es una serie no interrumpida de usurpaciones?

Independencia e Integridad Territorial.

Los hechos históricos pasados y presentes, no se surtieron con palabras. La nación mexicana poseía, a raíz de su emancipación, un inmenso territorio del cual fue despojada en gran parte por Estados Unidos. En 1914 la ocupación de Veracruz, y dos años más tarde la invasión del general Pershing,

no a la región del mar Caribe, si no existiera la doctrina condumina que creóla. Estas palabras fueron pronunciadas por Mr. Hughes en su discurso de Minneapolis, del 30 de Agosto del corriente año, y tienen por objeto justificar la serie de atropellos e intervenciones de que son víctimas Cuba, Santo Domingo, Haití y la América Central. La defensa de Estados Unidos parece consistir para Mr. Hughes, en imponerle modo de proceder. Desde el punto de vista yanqui podrá tener razón, pero no la tiene desde el punto de vista contenido en la declaración de 1916, cuyo primer principio niega que un Estado tenga el derecho de cometer, para proteger y conservar su existencia, actos injustos contra pequeños Estados. Y si una de esas naciones ultrajadas pretendiera, en virtud del quinto principio de la misma declaración, invocar la protección de Estados Unidos en otros continentes, la doctrina Monroe se lo impediría. Los pueblos débiles de nuestra América se encuentran en realidad encerrados en un círculo de hierro, cuyo trágico aspecto no vano intenta ocultar Mr. Hughes con sus mentiras.

¿Por qué, si la doctrina Monroe persigue tan sólo laudables fines, rehusa obstinadamente el gobierno de Washington entrar en un vasto acuerdo político con los otros países del continente, definiendo el alcance y objeto de una política que se pretenda ventajosa para todos? ¿Por qué, si los móviles de Estados Unidos hacia nosotros son verdaderamente rectos, no admiten sus mandatarios la formación de una liga de naciones que consiguiera en nuestro continente el triunfo del derecho internacional? ¿Por qué, finalmente, estos puntos fundamentales del programa de Santiago fueron resumidos como "bisecotrados" por los delegados de la Casa Blanca?

Nuestros representantes por la fuerza, pese a las hipocresías altisonantes de Mr. Hughes, es el único criterio efectivo en que se basa la conducta de Estados Unidos respecto de la América Latina. El principio de igualdad de las naciones, grandes y pequeñas, que Mr. Hughes dice respetar, resulta una farsa en presencia de la actitud dictatorial que los gobiernos yanquis han observado siempre frente a nosotros, con más o menos decoro, según las circunstancias.

Mr. Hughes, en un punto capital de su reciente discurso, ha abandonado todo disimulo. Se lo agradecemos. Ha afirmado que Estados Unidos se opone a la agresión de cualquiera de las repúblicas latino-americanas contra otra. Del mismo modo se opondría el gobierno de la Argentina, llegado el caso, a la agresión de una de nuestras provincias contra otra. La paz interna e internacional es un supremo bien, sin duda alguna, pero la paz entre naciones soberanas e iguales no se asegura en la forma que proyecta Mr. Hughes. Si dicha paz ha de organizarse con garantías y sanciones, tal organización debe incluir, sobre todo, la igualdad, a todos los Estados interesados. Otra cosa es dictadura, pura y simple. Nosotros queremos la paz, pero no aceptamos que el ejecutivo de Washington se erija en gobierno continental para imponérsela.

A este respecto, también, el profesor Bushnell Hart ha quitado la careta al secretario de Estado. "No creo, ha dicho, que todos coincidan con su teoría de que debemos tratar a los países latino-americanos sobre un pie de igualdad. No somos iguales. Tenemos una población más numerosa y poseemos poder para decidir".

Contra el imperialismo invasor de los capitalistas yanquis, y su inmoral instrumento: la diplomacia hipócrita, debemos lanzar el grito de guerra los que, en nuestra América Latina, rechazamos el oro que se ofrece a cambio de la libertad. No somos enemigos del pueblo norteamericano. Buenos aliados tenemos en el seno de ese mismo pueblo. Ellos opinan, como nosotros, una sola cosa: la verdad. Fueron nuestros amigos de la valerosa revista "The Nation" quienes dieron recientemente, refiriéndose a las mentiras de Mr. Hughes: "Debajo del guante blanco del funcionario, y detrás de la máscara de la benevolencia y de la cooperación amistosa, se halla el puño de hierro de la presión militar y los cálculos del explotador comercial".

La Doctrina Monroe y la Farsa de la Igualdad.

"La doctrina Monroe es una política de propia defensa, y en lo que concierne

Declaraciones de Haya de la Torre

Presidente de la Federación de Estudiantes del Perú, desterrado de su país por el gobierno de Leguía por su protesta contra la pretendida consagración de la nación peruana a la imagen del Corazón de Jesús

"La misma noche que el voto unánime de los estudiantes del Perú me elevaba por segunda vez a la presidencia de la Federación de estudiantes, fui arrojado. El plan del gobierno de Leguía para consumar ese nuevo atropello, se maduró largamente con la complicidad del clero. Se frugó un documento, por el que yo me convertí en cómplice de conspiración con uno de los tantos políticos deportados por Leguía, que, según se dice se pasa la vida soñando con monteras y moñones de cuartel que le permitía usufructuar del presupuesto nacional, y hacer poco más o menos lo mismo que hace hoy el hombre que ha puesto su gerra de opresor y negociante en el Perú."

"Yo, que siempre he tocado contra los políticos, aprecio por la factura de esa falsificación como un claudicante. No sé cómo se me acababa prisionero, incomunicado, reducido al violento silencio, a la Isla en que se pudren un número de víctimas, de todas clases sociales, arrojadas allí por sospechas o por venganzas."

"Los estudiantes y obreros de Lima, Vitor, Trajillo y otros puntos del país levantaron su voz de protesta. Otro y plomo se regió a granel. Había sangre de víctimas y hubo terror y desconcierto. Leguía gobernó como todos los tiranos, por el soborno o por la muerte. Los que no se rinden a la paz, tienen que rendirse a la sangre. Cuenta para esto con los dineros nacionales que hace ingotables por las combinaciones "financieras" que tienen ya hipotecado el país a los Estados Unidos, especialmente, y con un prebendario rendido e incapaz de ninguna intusmación."

"Así se explica que me impusieron su autoridad y se sentaron aún por mucho tiempo. Un Parlamento servil y una prensa miedosa o rendida de sirven de apoyo para coonestar todos sus caprichos de cacique. Otra arma de la que usó con decoro es la "patriótica": al insurgente, al que no se arrodilla, se le llama en seguida "revolucionario" o "oro chileno". Al que se atrevió a decir que es un crimen haber entregado la Instrucción Pública, la Hacienda Nacional, las obras públicas, las industrias extractivas, etc., a los Estados Unidos, que sus explotados progresivamente, se le excreta también en nombre del patriotismo y para eso está la cuestión de Arica sometida por Leguía al control de Washington que ha ofrecido resolverla, y al que hay que halagar, vendiendo al país al temible imperio del capitalismo yanqui."

situación, está dando pruebas de una altivez y una capacidad para la acción que, fuera de todo egoísmo, creo ejemplar para las nuevas generaciones de América. La actitud de los estudiantes y de los obreros cuando las masacres de mayo y la masacre ahora como protesta por mi prisión, tienen un valor indiscutible. Sólo viviendo en el Perú, sólo sabiendo cómo impuso allí el terror, puede equilibrarse la virilidad de los que con tanta energía se han atrevido a sellar con su sangre por dos veces, su rebeldía y su devoción por la libertad. Quien quiera juzgar al Perú por la nueva generación que perfila en la lucha su espíritu renovador, habrá de juzgarlo bien. Conviene pues saber que bajo la tiranía que entró al poder por asalto y en el que tiene por la violación de todas las libertades, vivió un nuevo espíritu rebelde, en el alma de los jóvenes y a pesar de la odiosa dominación de una oligarquía político-clerical, no está lejana la hora de una definitiva lección a todos los que, en el Perú hicieron en cien años, profesión de la política que el mejor de los negocios."

"Voy a México, invitado por los estudiantes, por el nuestro fusconero, por todo lo que hay de libre y de revolucionario en esa gran tierra de libertad. Salí desterrado en los siete días de prisión que fueron también de "huelga de hambre". Cuando mi resistencia física flaqueaba y surgía el peligro de un síncope mortal, por alteraciones cardiacas, se me embucó precipitadamente, sin más equipaje que mi ropa puesta, en un transatlántico alemán, en el que, hasta el límite del litoral peruano, permanecí incomunicado, por una comisión policial compuesta de seis agentes. El destierro era para mí una forma de libertad, quizá la única forma de libertad, ya que en el Perú no existe."

"La juventud estudiantil, los obreros y la prensa libre de Panamá, han sido y son para mí acorredores generosos. Sus energías protestan por mi destierro y por los atropellos que sufre a mis compañeros del Perú, lanzados voluntariamente hacia todos los pueblos de América, señala una forma de solidaridad continental que es urgente intensificar. Yo sé que es el dolor y el ideal comunes, vinculación definitiva. Cerca de estos pueblos, que desconocen he sentido más hondamente la esperanza de nuestra grande y cercana unidad espiritual. Más que nunca he de luchar por ella y soy optimista."

(Se ruega la reproducción a toda la prensa americana).

ARTURO ORZÁBAL QUINTANA



ARTURO ORZÁBAL QUINTANA